

EL MAESTRO TERRIBLE

Por LAWRENCE MAXWELL

YO TUVE un maestro que era terrible.

¡Después de haber dicho eso, no voy a decir su nombre!

Pero era terrible lo que hacía con los que copiaban.

Recuerdo una prueba escrita que nos dio en química. Asistíamos al primer año del colegio superior. Estábamos en plena segunda guerra mundial. Para muchos alumnos, una calificación baja podía significar la incorporación inmediata al ejército.



Como de costumbre, cuando el profesor repartió las pruebas escritas, hizo una declaración acerca de la costumbre de copiarse. Era breve. “Si descubro a alguien que está copiando, le rompo el papel”.

Me preguntaba por qué lo diría. Porque, ningún alumno adventista del séptimo día copiaría. Quizás se le cruzara el pensamiento por la mente. Pero nunca llegaría al punto de copiar. ¡Eso sería *engañar!*

De manera que todos recibimos nuestras pruebas, y, mientras luchábamos para contestar las preguntas reinó un gran silencio en el aula. No era una prueba fácil, y aun los alumnos más rápidos tuvieron que usar todo el tiempo de que disponían para terminarla.

Realmente no sé cómo ocurrió. Quizás me encontraba muy concentrado en mi trabajo. Pero de repente me di cuenta de que el maestro había recorrido todo el pasillo hasta el fondo del aula, había tomado la prueba de un alumno, y en ese momento la estaba haciendo añicos. El alumno había copiado.

—En esta asignatura tendrá un cero —dijo el maestro.

Yo me enojé con él. Me pareció que era demasiado severo con el alumno, y que debía perdonarlo.

Pero desde entonces he pensado mucho en eso. ¿Debiera un maestro perdonar a un alumno que copia? El perdonarlo, ¿le enseñaría lo que ha dejado de aprender por perezoso? Naturalmente que no. La única forma en que podrá aprender, será comenzar de nuevo, y estudiar.

El otro día oí hablar de Trevor. Por supuesto, éste no es su verdadero nombre. Desde la escuela primaria Trevor sacó notas sobresalientes. Durante todo el tiempo en que cursó la escuela secundaria, su nombre se mantuvo en la lista de honor. Y así continuó durante los años de estudios preparatorios.

Quería llegar a ser médico. Cuando estaba por terminar el colegio, fue entrevistado por un hombre de la Universidad de Loma Linda, quien quedó muy bien impresionado con el joven. Es que todas sus notas eran muy buenas.

Lo que los maestros no sabían era que Trevor siempre había copiado. Había estudiado muy poco. Pensaba que era más divertido inventar nuevas formas de copiar, que estudiar.

Tenía la idea de que cuando entrara en la escuela de medicina podría seguir copiando para obtener buenas notas. Para sorpresa suya no resultó así. Descubrió que tenía que *saber* todas las cosas que sus maestros habían estado procurando enseñarle en la escuela primaria, en la secundaria y en la superior. A las pocas semanas sus calificaciones eran tan bajas que se le dijo que tendría que abandonar la facultad. Sus esperanzas por tanto tiempo acariciadas de llegar a ser un doctor tuvieron que ser abandonadas.

Supongo que para esta fecha ya habrá encontrado algún otro trabajo. Pero no es el que él quería. De

vez en cuando algún amigo lo presenta a un extraño.

—Trevor, me gustaría presentarte a mi amigo, el Dr. fulano de tal.

Y Trevor vacila. Eso es lo que a el le hubiera gustado que lo llamaran... “Dr. *Trevor*”.

Ve médicos y cirujanos que viven en casas grandes y hermosas, y piensa:“Esa es la clase de casa que me gustaría tener”.

Y lo que es peor, ve mujeres y hombres y niños que están aquejados por diversas enfermedades. . - y él no puede hacer nada para aliviarlos. Podría haberlo hecho. Era la gran ambición de su vida. Pero ahora se da cuenta de que esa pobre gente enferma debe sufrir y morir sin que él pueda ayudarla... porque copió.

Cuanto más lo pienso tanto más me doy cuenta de que aquel terrible maestro no era al fin y al cabo tan terrible. He llegado a pensar que los maestros que adoptan una actitud firme y severa hacia el vicio de copiar y hacia los que copian, son, después de todo, los más bondadosos.

Nunca seas tan necio como para copiar. El único a quien engañas es a ti mismo.